

Los que no mandan en España

Al contrario de lo que ocurre con el sentido común, según Descartes, el poder político es la cosa peor repartida del mundo: todos creen que tienen menos de lo que realmente les corresponde. Así como nadie se siente identificado con los que mandan, todo el mundo parece incluirse a sí mismo entre los que no mandan. Cuando se habla de grupos de presión, cada grupo piensa en los demás; cuando uno habla con los políticos, todos se consideran «técnicos»; cuando se exige responsabilidad al que manda, es frecuente que éste se considere «un mandao».

POR QUE SE OCULTA EL PODER

He aquí uno de los enigmas más apasionantes con que se enfrenta hoy el sociólogo: supuesto que el poder es deseado, ¿por qué se trata de ocultarlo? ¿Por qué es esto especialmente cierto en España? Encuentro tres razones para explicar esta última pregunta:

1. Un **rasgo cultural** de los países latinos es una desconfianza radical de todo lo estatal o público; se supone que los políticos actúan para su propio beneficio. No faltan razones para pensar así.
2. Un **componente estadístico** es que hay demasiados candidatos al poder y los contrincantes procuran crearse mutuamente un cierto clima de desaliento.
3. Un **condicionamiento institucional** es el hecho de un sistema político autoritario, que compartimos con Portugal y Grecia, entre otros países. Este sistema procura cultivar el apoliticismo de la gran mayoría, la idea de los políticos como no profesionales (deben ser preferentemente

* Doctor en Ciencias Políticas.

militares o altos funcionarios). Con esta estructura encaja muy bien la anécdota de Franco, tan repetida, del consejo que le dio a un ministro «dimitido»: «Hágame caso, no se meta usted en política; haga como yo, vea lo bien que me ha ido así.» También es sintomática la imagen que ha cultivado Salazar, como un hombre oscuro, un tímido y humilde profesor de provincias, que le «cuesta» aceptar el peso de la púrpura, etc.

«EL ESTADO SON LOS QUE MANDAN»

Y, sin embargo, la suprema realidad en un sistema autoritario es el poder político. Tanto es así, que la sociedad misma se define constantemente como el no-poder. Hay muy pocas instancias de poder social fuera de la esfera política. A la pregunta de si «el Estado somos todos o son los que mandan», que hemos hecho en varias encuestas, la gran mayoría, sobre todo en el campo, contestan que «son los que mandan». Cuando un político se autodefine aquí como «servidor del Estado», hay que entender bien lo que los españoles quieren decir con la palabra Estado. De lo contrario seguiremos con el divertido juego de las palabras.

El poder político en España, aunque tiene una única fuente (Franco), un apoyo último (el Ejército) y una legitimación suprema (la Jerarquía eclesiástica), no es una única esfera, sino varias. No vamos a referirnos ahora a ellas. Nos interesa justamente todo lo que no-es poder.

En este contexto, esas esferas de poder hacen referencia al poder efectivamente constituido y legítimo. Fuera quedan los varios instrumentos de fuerza y de influencia sólo **de facto**. Fundamentalmente, dos tipos: los grupos de presión y la oposición. No hay que decir que su existencia es más bien teórica que real; su influencia, condicionada. Oficialmente incluso no existen: son las **llamadas** Comisiones Obreras, el **contubernio** de los grupos de la oposición, los **oscuros manejos** de los grupos de presión, etc.

Los grupos de presión, fuera de los enquistados en el propio Gobierno (como el Opus oficial, la Banca, los alféreces provisionales, los grandes Cuerpos de funcionarios, los grupos en torno a la Editorial Católica), apenas tienen relevancia. Si la tienen, es que se han engarzado ya en el propio sistema de poder o bien se enfrentan a él con un claro matiz político y son la oposición.

LAS DISTINTAS FORMAS DE OPOSICION

Dentro del complejo mundo de la oposición hay que distinguir, primero, la exterior y la interior. De la exterior cabe admirar su resistencia a una suerte adversa, pero nada más; los exilados ilustres o los partidos históricos en el exterior nada tienen que hacer dentro, si no cuentan con la base del interior.

La oposición interior suele distinguirse por sus dos vertientes de actuación: la intelectual y la obrera. La primera es la más enfática y la menos peligrosa, la que menos arriesga y la que, más pronto o más tarde, acaba aceptando las reglas del juego establecido e integrándose en él. La segunda es más callada

y más heroica, la más irreductible y la que cuenta con un margen más estrecho de acción. Entre las dos hay una comunicación bastante escasa, con excepción quizá del partido comunista y de algunos grupos católicos.

Dentro de los intelectuales hay que distinguir los catedráticos y los estudiantes. La oposición de los primeros es demasiado dócil. Concretamente, no se ha producido ninguna huelga ni protesta en masa del elemento docente por la presencia de la policía en las aulas, sistema que acaba con la libertad de cátedra, que es una de las pocas que nos quedaban.

Por fuera de estas distinciones más clásicas, yo prefiero hacer la de oposición histórica-oposición no convencional. La oposición histórica se identifica con la dialéctica del propio origen del régimen actual, es decir, con la guerra civil. Su fracaso es evidente, por lo mismo que el régimen ha sabido reducirla con toda facilidad a lo largo de una generación. Sus líderes, gastados por tantos años de lucha estéril, reprimidos, oprimidos, exprimidos, apenas les cabe el honor de figurar a la cabeza de los memoriales.

Resulta sorprendente que los líderes de la oposición histórica no hayan encontrado todavía los puntos de unión y continuamente recuerden los de discrepancia. Siempre han antepuesto el condicional «cuando muera Franco» para actuar; pero sociológicamente ya ha muerto Franco, puesto que hay sucesor, tema al que no parecen dar la importancia que se merece.

Algunos de los miembros más desengañados de la oposición histórica y toda una pléyade de jóvenes que después han venido, más o menos descontentos con la situación política actual, crecientemente frustrados, pero no vencidos (porque no se puede decir que hayan luchado), con escasa experiencia política, componen la amorfa, pero lúcida, oposición no convencional. Está por decidir qué armas va a emplear esta nueva oposición. Seguramente va a superar el abismo que separa a la oposición exterior-interior, intelectual-obrera. Su organización es nula, pero su número es creciente.

En la oposición no convencional lo que sí habría que distinguir es el grado de aceptación de la legalidad vigente o, mejor dicho, el nivel desde el que pretenden cambiar la legalidad actual: unos se conformarán con cambiar las personas, como Ballarín o Fanjul (esto casi no es oposición); otros, con alterar los reglamentos, como Tarragona y otros procuradores familiares; algunos otros pretenden dar nuevas leyes básicas («reforma de estructuras»), como Cantarero o Ruiz Giménez, y otros, por fin, aspiran a trastocar las leyes fundamentales, sea de un modo pacífico (Tierno) o violento (partido marxista-leninista). Hay también la contraoposición: los que creen que el régimen ha evolucionado demasiado. Son los Blas Piñar, los Girón, los Fernández Cuesta, etcétera. Forman los futuros «misinos» que, en rigor, también se oponen al régimen, sólo que, por razones históricas, son más tolerados.

En general, la oposición de todos los tipos—no hay que decirlo—es manifiestamente ineficaz. De nuevo hay que señalar las excepciones de algunos grupos comunistas y católicos. A la mayoría de los oponentes les falta cierta coherencia, disciplina y, sobre todo, capacidad de asumir riesgos. Parece, a veces, como si los líderes de la oposición no desearan conquistar el poder. Sus **chances** son escasas mientras no arriesguen más los líderes de centro. Es asombrosamente escaso el número de personas de la oposición de centro que han estado en la cárcel. Un reciente ejemplo, verdaderamente excepcional, es la detención de Alfonso Comín, al que han liberado determinadas presiones

A. DE MIGUEL

vaticanas. Pero no es corriente que haya que llegar a solicitar la gracia del indulto; con tal de no arriesgar la más insignificante parcela de su vida profesional, hay muchas personas, profunda y sinceramente izquierdistas, que transigen con todo lo que se les eche, como suele decirse. Realmente sirven al sistema mejor que sus propios militantes.

El concepto de la oposición no convencional se nos difumina tanto que terminamos, sin querer, en la idea más amplia de los que no tienen ninguna clase de influencia ni en el poder, ni en los grupos de presión, ni en la oposición. En rigor, estamos ante esa gran masa de «los que no mandan» y cuyo papel político es, a la vez, negación e incógnita. Son los que no saben de qué va la cosa.

EL PODER ESPECTADOR

Dentro de la lista de poderes, hablaba yo en otra ocasión de un poder residual, potencial, el **poder espectador**, que equivalía al pueblo español en la medida en que no participaba en las esferas de poder establecido. La palabra «espectador» sugiere ya los dos canales principales por los que discurre la participación en la política del pueblo español: el canal 1 y el canal 2, es decir, la asistencia silenciosa a los aburridos, monótonos, maquillados discursos de la Televisión. Recordaré, entre paréntesis, que ambos canales se autodenominan «primera cadena» y «segunda cadena», lo cual no deja de ser curioso. Espere-mos que no se repita ahora, con un nuevo matiz de sentido, el «vivan las caenas» de nuestras masas reaccionarias de antaño.

EL CONTROL DE LA TV.

Para los que infraestiman la influencia de la Televisión diré tan sólo que todos los días cerca de la mitad de los hogares españoles se tragan el tele-diario y todo lo que les pongan en la pequeña pantalla. De un modo sistemático, continuo, eficaz, varios millones de españoles que no leen prácticamente nada, que no hablan más que con sus iguales, se tragan día a día la interpretación del mundo que les transmite las noticias, los comentarios, las entrevistas, los dramas de la «Tele». El sesgo es evidente. El tamiz de las personas que aparecen en la pequeña pantalla es restringido; lo que dicen, aún más; los acontecimientos a los que se refieren son unos y no otros. Si, en general, las publicaciones españolas no reflejan toda la realidad, la orientación de la Televisión claramente discurre por un margen estrecho de esa realidad. Curiosamente, el Gobierno carece de una prensa gubernamental en su más estricto sentido, o la que tiene es poco influyente, pero la Televisión sí es del Gobierno en el aspecto más ideológico, y aquí no hay competencia ni disensión posible.

EL PRIVATISMO

Pero los que no mandan no sólo son controlados a través de la Televisión oficial y la Prensa más o menos condicionada. Hay mecanismos más sutiles. Tenemos, por ejemplo, que a través de la política de propiedad de las vivien-

das, la publicidad y, en general, la difusión del consumo, quién más quién menos se encuentra entrampado para terminar de pagar algo que no es totalmente suyo, pero que está ya disfrutando. Esta política podrá ser muy «social», pero es, en el fondo, un excelente medio de control: sólo ante la posibilidad de perder el empleo o el pluriempleo, el español de ahora se vuelve dócil del todo y en seguida dice que no le metan en líos, que él a lo suyo, que tiene que alimentar a una familia, etc. Desde los más humildes a los más altos puestos he visto constantemente emplear estos argumentos..., incluso por gente que no ve la Televisión.

EL AUTORITARISMO DE LAS AULAS

Otro mecanismo, aún más elemental y primario, es que, sencillamente, los españoles de menos de cuarenta años, que son los que cuentan a la hora de vaticinar un cambio, han sido educados en los valores autoritarios vigentes. De ello hay que hacer responsables a los centros educativos a todos los niveles. Si a los alumnos se les han dado tan pocas oportunidades de expresión personal, de crítica de las enseñanzas que reciben, de espíritu de creatividad, poco se puede pedir para que el sistema político-social sea distinto del que es. Por si mis palabras fueran demasiado abstractas, quisiera recalcar muy enfáticamente que la Universidad española, lejos de ser un vehículo de cambio y transformación, ha sido fundamentalmente un formidable instrumento de conservación y acomodación.

EL VALOR DEL DINERO

Junto a estos mecanismos diríamos formales, conscientes, de manipulación de las voluntades para conseguir una general aceptación del presente *statu quo*, han funcionado otros más sutiles, latentes, espontáneos, más difíciles por eso de detectar, pero no por ello menos reales y efectivos. Me referiré solamente a un cambio de actitudes básico que se ha producido en la mentalidad española de unos años a esta parte y que, en gran medida, condiciona el resultado de los mecanismos expresos que acabamos de ver. Resulta que no se respira ya por estas latitudes ese idealismo que es el que ha atraído a tantos escritores más o menos románticos a nuestro país. Al contrario, yo diría, por todas las observaciones que he hecho de la vida y miserias de esta sociedad, que pocos pueblos habrá en el mundo tan materialistas como el español de ahora. Sólo hace unos meses, la Real Academia Española de la Lengua admitió la palabra «duro» como moneda de cinco pesetas, pero pocas cosas le suenan mejor a los españoles que los duros, y no precisamente a los más necesitados. Para mantener un sueldo «decente», según ellos y cuya cuantía aumenta siempre con los deseos, muchos españoles son capaces de sacrificar sus ilusiones más íntimas, su vocación más decidida. Triste es decirlo, pero buena parte de la culpa corresponde en esto a la mujer. En ella, la seguridad, la tranquilidad, los asuntos privados, el piso, el «status», el brillo profesional, los hijos lustrosos la apariencias, el chalecito en la sierra, el tresillo y la moqueta, todo ello, priva muchas veces sobre la capacidad de creación, de ayuda a los demás, de preocupación por los asuntos colectivos. Los proyectos de reforma política se desvanecen aquí a los acordes de la marcha de Mendelson. Nada florece en este país que no repercuta inmediatamente en el beneficio crematístico personal: las asociaciones, el arte, los

deportes, hasta la religión. En varias encuestas se ha preguntado por los objetivos políticos más deseables. La inmensa mayoría desea sencillamente la «paz». Los que prefieren la «justicia» o la «libertad» son una exigua minoría. Cómo una sociedad cuyo pecado estaba en el polo opuesto (dicen): en el idealismo, quijotismo, desprendimiento del lado práctico de las cosas, ha llegado a esta situación de realismo, pancismo, materialismo, es un misterio que sólo los psiquiatras podrán explicar alguna vez. Yo, como sociólogo, me considero incapaz de hacerlo.

LOS QUE MANDAN Y LOS MANDADOS

Sobre esta base, se comprenderá ahora lo fácil que resulta que los que mandan lo hagan de un modo autoritario, eficaz, indiscutible, contra viento y marea, con la seguridad de que, pase lo que pase, se van a suceder siempre a sí mismos. Los que mandan se explican por los que no mandan.

Pero, con ello, la distancia que separa a unos y otros es grande y creciente. Son dos mundos el ser aquí «ministrable» y «administrado». Una diferencia esencial es la cantidad de información que se recibe. Como la información que nos da la Prensa es manifiestamente incompleta, el honrado lector medio ni se entera de los asuntos más importantes; esto contando con que lea periódicos, que sólo una minoría lo hace. De este modo, el rumor, la comunicación informal, la notificación oficiosa, son aquí las vías de transmisión de las noticias más relevantes; es evidente que esas vías se dirigen todas a los despachos de la gente importante. A Juan Español le resulta incomprendible por qué cada día retornan más mineros a las minas de los que en total han ido a la huelga; por qué nos «la dan con queso» en las misteriosas negociaciones con el Mercado Común; qué pasa con los Matesas; por qué los ministros hacen sus declaraciones más importantes en el extranjero, etc.

Una consecuencia de lo anterior, y no deja de ser paradójica, es que aquí se concede un cierto margen de libertad para disentir a los que mandan, pero no a los mandados. Lo que llama la atención no es la falta de libertad, sino la falta de libertad fuera del sistema mismo del poder. Esta extraña situación es lo que hace creer a muchos observadores extranjeros que, en España, los que mandan son en gran medida antirrégimen, lo cual rigurosamente no es cierto.

NO HAY RAZONES PARA LA INERCIA POLITICA

Los diversos medios de control del poder establecido son tan eficaces que se impone una consecuencia: los que mandan no necesitan imponerse sobre el resto utilizando una exhibición de fuerza demasiado ostentosa. Dicho sea en términos más crudos, el Gobierno no necesita en nuestro país recurrir al espectacular despliegue policíaco del régimen griego. Incluso yo diría que, materialmente hablando, la policía no es aquí más represiva que en muchos países democráticos. La diferencia es que en España existe una represión legal, porque simplemente es delito lo que en esos países no lo es: el asociarse libremente, el expresar libremente las ideas, el escribir en términos que en otros países se considera como perfectamente lícito. En otras palabras, en un país democrático se puede estar contra el Gobierno, pero se está

dentro del Estado, de la sociedad y, por tanto, dentro de la ley. Este es el punto flaco que ofrezco como estratégico para cualquier crítica desde la oposición. El blanco no es la Brigada Político Social, sino el Tribunal de Orden Público.

LAS TRES «F»

Todo este sistema autoritario sería extraordinariamente eficaz si se demostrara que un pueblo adormecido es la mejor audiencia para un Gobierno en el último tercio del siglo XX. Yo creo que no. En Portugal, sin ir más lejos, la política tradicional de las tres F (Fátima, Fútbol y Fados) no ha dado buen resultado. Si los que no mandan no se sienten al menos «contribuyentes», el Gobierno no podrá realizar grandes reformas ni continuados progresos. Si no se reconocen asociaciones políticas democráticas auténticamente representativas (una o varias, vamos a dejar ahora esta cuestión), será inviable cualquier reforma a discutir en las Cortes. Si en este momento hubiera media docena de esas asociaciones (lo que en otros países se denomina **partidos** y aquí es lo innumerable), tendríamos menos de seis enmiendas a los proyectos de ley que ahora van a discutirse en las Cortes, en lugar de los miles con que van a encontrarse los procuradores.

Pero la resistencia a cambiar de sistema es colosal. Resulta muy cómodo un pueblo silencioso, asintiente, apolitizado. Es muy fácil decir que los partidos son nefastos o que la libertad conduce al libertinaje.

RAZONES NO CONVINCENTES

Para los que afirman que el sistema autoritario-populista-paternalista de que ahora disfrutamos es la forma política más natural, más española y más acorde con nuestra tradiciones, hemos de recordar que este sistema vino tras una larga y cruenta guerra civil, en la que no fue azarosa la intervención de diversas potencias extranjeras ni el mimetismo o el rechazo de las formas políticas que trataban de extender esos países interventores. Por otra parte, el régimen político actual está, desde sus comienzos, en continuo estado de transformación. No hay razón lógica para suponer que no pueda continuar un paso más. Siempre habrá un gran número que no mande, pero la idea es que todos cuenten. ¿Por qué negarse a ello? ¿Por qué seguir empecinados en que sólo con el sistema actual los que mandan pueden seguir mandando? Y, si pierden el poder, ¿no es hermoso correr un pequeño riesgo personal con tal de que el país vaya adelante y deje de ser ese «rabo por desollar» que le queda a Europa, como decía Antonio Machado?

ESTRATEGIA O ESTRATAGEMAS

En el mundo, el repertorio de fórmulas posibles es muy escaso: democracia de partidos, socialismos o distintas formas de autoritarismo o dictadura. No es legítimo que se denigre como «mimetismo extranjerizante» el deseo de aceptar alguna de esas formas y se exalte como óptima la pretendida originalidad de las soluciones «nacionales». Todo eso no es más que un alarde

verbal con el fin de mantener a las mismas personas en el poder. Y no está bien, me parece a mí. No pueden haber equívocos sobre lo que es democracia, socialismo o Estado de Derecho. Y, desde luego, lo último que se puede tolerar es que en todo esto se nos diga que llevamos muchos años de adelanto sobre los sistemas políticos europeos occidentales.

TOLERANCIA PARA LA DISIDENCIA

La piedra de toque de la democracia, la participación y todos los demás sinónimos es bien sencilla: sólo es democrático el gobierno que tolera un cierto margen de disidencia; no es democrático el gobierno que tiene que hacer callar a los que propugnan otras soluciones. ¿Alguien puede, en España, no ya propugnar, sino sugerir políticas globales distintas a la de los actuales gobernantes? Evidentemente, no. Por lo tanto, no estamos ante un régimen democrático. Se trata de un hecho. Otra cosa es que esa democracia o participación se considere como algo bueno. Esto es ya una cuestión de valores, no de hechos. Me parece muy respetable la opinión de los que sostienen que no es buena la democracia, aunque yo opine lo contrario. Lo que me parece intolerable es que se afirme que «somos una democracia» cuando se hace tan poco para permitir que afloren las críticas, las disonancias. Más sarcástica me suena aún la reciente consigna de que aquí funciona una «democracia social».

Pero no se trata sólo de que del amplio sector de los que no mandan puedan surgir voces discrepantes, una oposición, en suma. Ni siquiera se produce aquí del todo el reconocimiento de la propia vida cultural de una gran parte del pueblo. ¿Cómo se puede hablar de democracia cuando a los catalanes, por ejemplo, no les está permitido tener un periódico o un canal de TV. en catalán? ¿Por qué se encubre bajo el lema de la «unidad sindical» la prohibición de que todos los obreros unidos organicen y administren su propia asociación sindical? Estas y muchas otras preguntas quedan sin respuesta.

No creo que los que mandan sean incompetentes. Muy al contrario: han demostrado con largueza su inteligencia. Tampoco dudo de que sean patriotas; pero, aquí viene lo bueno, no tienen derecho a monopolizar su propia interpretación de lo que es lo mejor para el país. En su sagacidad y buena intención, les falta tal vez un punto. El punto que consiste en reconocer que los que no mandan tampoco son tontos.